

cer el estado religioso, fundó un monasterio en el monte Isla y no admitió más que á aquellos monjes que quisiesen vivir en la castidad propia de su estado. Pero tuvieron la desgracia de separarse de Dios por su afecto al nestorianismo, y nada hay tan deplorable como leer en los escritores sirios de esta secta el número tan considerable de monasterios que fundaron sus discípulos y sucesores en la Mesopotamia, en la Siria, en la Persia y aún en países más remotos, llevando á todos estos lugares, juntamente con sus *Institutiones monásticas*, los errores de Nestorio. Así es que, al pretender sacar á los idólatras de sus supersticiones, no hicieron otra cosa que sacarlos de un abismo, para que cayesen en el que ellos mismos se habían precipitado.

MONASTERIOS DE SANTA DOMINICA, DEL BIENAVENTURADO DIUS Y DE SANTA PULQUERIA ¹.

Volvamos á Constantinopla para hablar de cosas más edificantes, despues de haber deplorado en el capítulo precedente los escándalos de los sectarios de Nestorio. Hubo en esta ciudad dos monasterios llamados de Alejandro, y que fueron edificados por santa Domnena ó Domínica y por santa Maura, las cuales vivieron en ellos, en tiempo de Teodosio el Grande, que les fué propicio, y les cedió el terreno para edificarlos. No se habla de estas santas en el *Martirologio romano*, y no sabemos otra cosa de santa Do-

¹ Sozomeno, Sócrates, Nicéforo, Tillemont y Bulteau.

mínica, que lo que refieren los griegos en su Menologio ; es decir, que vino á Constantinopla con cuatro doncellas, que habían sido bautizadas por el patriarca Nestorio : que Domnena abrazó la vida religiosa, ejercitándose en los trabajos de la penitencia monástica, y que llegó á una virtud tan eminente, que Dios la favoreció con singulares gracias y extraordinarios prodigios, particularmente con el don de profecía. Como vino á Constantinopla en tiempo del gran Teodosio, y como aseguran los griegos que vivía aún en el de los emperadores León y Zenón, se deduce que vivió más de cien años. Añade Bulteau que dirigió un monasterio fundado ó reedificado por ella, que llevó el nombre de san Zacarías, y que ejerció también el cargo de diaconisa. Santa Maura fundó también otro monasterio que llevó su nombre.

Los griegos celebran el oficio del bienaventurado Dios el 12 de julio, dándole el sobrenombre de Taumaturgo. El Menologio latino de Canisio dice que fué natural de Antioquía, en donde se hizo muy célebre. Movidó de una inspiración especial de Dios, vino despues á Constantinopla y edificó un monasterio, al que contribuyó Teodosio el Jóven. Este monasterio llevó el nombre de Dios. Se snpone que introdujo en él la regla de los Ascemetas, de que hablaremos en el capítulo siguiente. San Attico le ordenó sacerdote, y se habla de su monasterio como de uno de los principales de Constantinopla. Martino era su abad en 448, cuando Eutiques publicó sus errores. Quiso este heresiarca apoyarse en el crédito de estos monjes, y para arrastrarlos á su heregía, hizo circular entre ellos un escrito para que lo firmasen. Constantino, diácono de su monasterio, vino á presentárselo á Martín, que rehusó suscribirlo, pretextando que sólamente á los obispos correspondía suscribir fórmulas de fé. Constantino quiso engañarle é intimidarle, diciendo que el escrito era de san Cirilo y de los Padres del concilio de

Éfeso que habían condenado á Nestorio, y que, si no se adhería á Eutiques, tendría que sufrir de parte de este prelado ; pero Martín permaneció firme, y lo despidió. Ninguna otra cosa digna de mención podemos referir del monasterio del bienaventurado Dios. Había también en el siglo quinto, en Constantinopla ó en sus inmediaciones, un monasterio que llevaba el nombre de san Talaso, otro que se llamó de Job, otro habitado por monjes egipcios, y otro por sirios.

No podemos hablar extensamente de los monasterios que santa Pulqueria fundó en Constantinopla, porque carecemos de documentos ; pero las virtudes de esta célebre princesa merecen que les demos un lugar preferente en atención á la protección que dispensó á la vida religiosa, cuyos ejercicios practicaba en su palacio, en cuanto su estado le permitía.

Fué hija del emperador Arcadio, nieta de Teodosio el Grande y hermana de Teodosio el Jóven, de cuya educación cuidó con especial esmero. Tenía otras tres hermanas, llamadas Flaccila, Arcadia y Marina.

Su naciemto tuvo lugar en 19 de enero de 399. Lo mismo que sus hermanos tuvo una inclinación natural á la piedad ; pero sólo ella manifestó haber heredado el ánimo y el genio del gran Teodosio, su abuelo. Desde sus más tiernos años se notó en ella una prudencia impropia de su edad, y tan excelente como para el consejo, era pronta para su ejecución ; así es que á los quince años, ó sea, el 4 de julio de 414, fué declarada Augusta y emperatriz, para que gobernase todo el imperio y educase á su hermano Teodosio, que tenía dos años ménos que ella.

Su amor á Dios y á la pureza le determinó á consagrar su virginidad á Jesucristo, é inclinó á sus hermanas á que hiciesen otro tanto, y para demostrar de una manera más auténtica su consagración, hizo donación á una iglesia de

Constantinopla de una mesa de altar, enriquecida con oro y pedrerías, sobre la cual mandó que se pusiese un grabado en que constase que la ofrecía á Dios como prenda de la consagración que le hacía de su virginidad, y de que quería que todo el mundo fuese testigo.

La vida austera que practicó es una prueba de que hacía esta consagración por mera piedad, y no con fin alguno político: pues todos los cuidados de la dignidad imperial no le impidieron vivir en una oración casi continua, cantar los salmos y profesar grande veneración á todas las personas que estaban consagradas á Jesucristo.

Zosomeno refiere detalladamente los ejercicios á que se consagraba en unión con sus hermanas, diciendo que frecuentaban mucho las iglesias: que eran muy caritativas para con los pobres y extranjeros, y que de ordinario comían y salían juntas; que día y noche cantaban las alabanzas del Señor; que trabajaban en obras de tapicería y en otras semejantes á que se consagraban las damas virtuosas; pues aún cuando eran, dice, princesas y educadas en medio de la grandeza y del esplendor de la corte, habían renunciado enteramente al ocio y á la pereza, como cosas indignas del estado de la virginidad á que se habían consagrado. » Todo su gozo, todas sus delicias consistían en cantar las alabanzas del Señor, en meditar las verdades eternas, y su más preciado tesoro era socorrer las necesidades de los pobres. Su virginidad era la gloria de toda la tierra y de todas las iglesias, que se complacían en ver á unas reinas constituidas en esposas de Jesucristo.

Pulqueria en particular mortificaba su cuerpo con sufrimientos voluntarios, haciéndolo templo de Jesucristo crucificado. Dotada de excelentes prendas de cuerpo y de alma, no se servía de ellas sino para glorificar á Dios con obras de piedad. Supo de tal manera inclinar á su hermano y á sus hermanas á la virtud, que la corte era una espe-

cie de monasterio, dice Sócrates, en que se practicaban todos los ejercicios de la más sólida piedad.

Sería demasiado largo, dice Sozomeno, describir el considerable número de iglesias erigidas por esta princesa en todas partes con real magnificencia, los hospitales que fundó en favor de los pobres y extranjeros, los monasterios que edificó dotándolos de rentas para el sustento de las personas que á ellos se retiraban, y preciso es añadir con Teofanes, los cementerios que construyó para los extranjeros. Teodoro el Lector hace mención en particular de las iglesias de Blaquernes, de Calcoplateés y de Hodeges, que hizo construir, y que eran muy grandes y dedicadas á la santísima Virgen.

La de Hodeges ó de Guidas estaba en las orillas del mar, y servía á un monasterio de hombres. Pulqueria colocó en esta un retrato de la santísima Virgen hecho por san Lucas. Dios distinguía á esta piadosa princesa con favores especiales, á la vez que ella le correspondía con grande fidelidad. La emperatriz Eudoxia, esposa de Teodosio su hermano, vino á Jerusalem hacia el año 439, y al regresar, llevó como reliquia, un brazo de san Estéban, saliendo á recibirla Pulqueria, que había tenido una revelación, y colocando este precioso tesoro juntamente con otras reliquias de santa Inés y san Lorenzo, en una iglesia erigida por ella en honor de este Santo. También encontró en la iglesia de san Tirso, despues de tres apariciones con que la favoreció este Santo, algunas reliquias de los cuarenta Mártires de Sebaste, que estaban ocultas. Hizo colocarlas en una caja muy rica, y las llevó cerca de las de san Tirso con gran solemnidad. Sozomeno, que se hallaba presente, relata extensamente este hermoso descubrimiento. Al final de este capítulo pondremos su relato, para no interrumpir con esta digresión lo que nos resta que decir de esta ilustre princesa.

Puede verse en los historiadores eclesiásticos todo lo que hizo en defensa de la fé católica contra las herejías de Nestorio y de Eutiques. Sozomeno dice que ella fué la que principalmente impidió que no dominasen estos errores, y se deduce de una epístola de san León el esmero con que defendió la fé, así como de los elogios que le tributaron los Padres del concilio de Calcedonia: pues este santo Pontífice reconoce que Dios la puso en la Iglesia para que fuese su defensa; que tuvo una parte muy principal en todo lo que hicieron los obispos de su tiempo contra los enemigos de la fé católica; que siempre asistió á la Iglesia en sus trabajos y tribulaciones, por lo cual los Padres del concilio le dieron el título de muy piadosa emperatriz, llena de amor de Dios, muy amada de Dios, guardiana y conservadora de la fé ortodoxa, y demuestran con mucha extensión que la Iglesia le era deudora de todos los beneficios que entónces disfrutaba.

No podemos ocuparnos aquí en lo que hizo esta santa princesa en el gobierno civil del imperio. Los mismos nestorianos, que la odiaban, han hecho su elogio precisamente tratando de calumniarla. Por último, esta gloriosa emperatriz, despues de haber consagrado toda su vida á la gloria de Dios, á la defensa de su Iglesia, al gobierno del imperio, y al socorro de los pobres y aflijidos, fué á recibir en el cielo la recompensa de sus santas obras el año 453. Su cuerpo fué depositado en la Iglesia de los Apóstoles. Los latinos y los griegos honran su memoria el día 4 de setiembre.

No debemos omitir que las hermanas de esta santa princesa señalaron también su piedad con monumentos públicos, y de Arcadia en particular se dice que edificó una iglesia en honor de san Andrés.

Resta referir el descubrimiento de las reliquias de los cuarenta Mártires de Sebaste, según lo hace Sozomeno,

como testigo ocular. Es un trozo de historia muy edificante, y damos la traducción hecha por el presidente Cousin.

INVENCION DE LAS RELIQUIAS DE LOS CUARENTA MARTIRES POR SANTA PULQUERIA.

Una mujer, llamada Eusebia, que ejercia el cargo de diaconisa entre los Macedonios, tenía una casa y un jardín en las inmediaciones de Constantinopla, en donde guardaba las reliquias de los cuarenta soldados, que sufrieron el martirio en Sebaste, en el reinado de Licinio. Cuando conoció que se aproximaba el fin de sus dias, dejó por su testamento esta casa á unos monjes de su secta, á condición de que pusiesen las reliquias de los santos Mártires en una caja que habían de colocar sobre su cabeza, y con la expresa cláusula de que á nadie diesen conocimiento. Los monjes cumplieron este mandato; pero para no privar á los mártires del honor que les era debido según la intención de Eusebia, edificaron debajo de tierra y en lugar próximo á la tumba, una pequeña capilla, y encima una habitación cuyo pavimento estaba embaldosado. Cesáreo, uno de los personajes más poderosos del siglo, que había sido cónsul y prefecto del Pretorio, hizo enterrar algún tiempo despues á su mujer cerca de Eusebia, para cumplir sus deseos, pues ambas habían tenido una estrecha amistad, y los mismos sentimientos. Cesáreo quiso despues comprar la casa y el jardín con el propósito de elegir una sepultura cerca de la de su mujer. Los monjes se la vendieron sin declarar que estaban allí las reliquias de los santos Mártires, y se retiraron á otro lugar. Cesáreo echó por tierra la casa con objeto de edificar en su lugar una magnífica Iglesia en honor de san Tirso mártir. Yo estoy persuadido de que

Dios permitió que la casa fuese demolida, para hacer que fuese más maravillosa la invención de las sagradas reliquias, ó para dar pruebas más sensibles de su amor á la persona á quien reservaba la gloria de esta invención. San Tirso mártir apareció á Pulqueria tres veces, le declaró el paraje en que estaban depositadas las reliquias de los cuarenta soldados, y le ordenó que las trasladase cerca de las suyas, para que recibiesen de los fieles el mismo honor. También se le aparecieron los cuarenta Mártires cubiertos con blancas vestiduras. Sin embargo, la cosa parecía increíble, y no se vizlumbraba esperanza alguna de encontrar las santas reliquias. Los más ancianos, tanto eclesiásticos como seglares, nada sabían, ni tenían el más leve indicio. Como se desesperase de sacar de ellos alguna luz, Dios hizo recordar á un sacerdote, llamado Policronio, antiguo doméstico de Cesáreo, que este lugar había sido poseído en otro tiempo por unos monjes de la secta de Macedonio. Fué, pues, á tomar informes á eclesiásticos de la misma secta: pero todos habían muerto, á excepción de uno que parece haber sido reservado para demostrar el lugar en que se hallaban depositadas las reliquias de los bienaventurados Mártires. Policronio le preguntó si tenía alguna noticia del particular, y habiendo conocido que no se explicaba muy claramente, como así era en efecto, á causa del secreto á que Eusebia había obligado á los monjes, le manifestó la revelación que había tenido la emperatriz Pulqueria, y la inquietud en que ésta se hallaba. Entónces le confesó el monje con toda franqueza, que recordaba que en su juventud, y cuando empezaba su educación bajo la dirección de los superiores del monasterio, se colocaron las reliquias de los Mártires junto á la tumba de Eusebia; pero que, habiendo pasado mucho tiempo y habiéndose removido todos aquellos terrenos, no podía asegurar, si estarían las reliquias en la iglesia ó en otro paraje. « Recuerdo, dijo

Policronio, haber estado en el sepulcro de la mujer de Cesáreo, y por la disposición del lugar, creo que está en el sitio que hoy ocupa el púlpito. — En este lugar precisamente, replicó el monje, debe estar también la tumba de Eusebia, porque ambas eran muy amigas, se visitaban con mucha frecuencia, y se habían prometido elegir sepultura en un mismo lugar. « Advertida Pulqueria de todo esto, mandó que se hiciesen excavaciones bajo el púlpito, y no tardó en encontrarse el sepulcro de Cesáreo, según las conjeturas de Policronio. A alguna distancia se encontró un pavimento embaldosado y una tumba de mármol del mismo tamaño, bajo la cual estaba el sepulcro de Eusebia, y al lado una pequeña capilla revestida de mármol rojo y blanco. Debajo del sepulcro de Eusebia había una especie de altar. En lo alto de uno de los rincones del paraje en que se hallaban las sagradas reliquias había un agujero, en el cual metió su bastón uno de los oficiales del emperador, y al sacarlo, se difundió por el aire un olor muy agradable. Cuando se abrió el sepulcro, apareció el cadáver de Eusebia; sobre su cabeza había un pequeño cofre cerrado, guarnecido de hierro y plomo, y sobre él una pequeña abertura. Tan luego como ésto se hizo público, Pulqueria y los obispos se encaminaron á la iglesia del santo Mártir, é hicieron desclavar el cofre. Interiormente había muchos perfumes, y pequeñas cajas de plata en que estaban contenidas las reliquias. Pulqueria dió gracias al Señor, no sólomente porque le había revelado este precioso depósito, sino por haberlo encontrado. Lo puso en seguida en una caja de gran valor, y lo colocó cerca de las reliquias de san Tirso con una pompa magnífica, á que yo asistí. Todos los que concurrieron, pues esto acaeció en tiempo de Proclo, obispo de Constantinopla, pueden dar testimonio.